

# Relatos San Valentín 2012



La vision de color  
Laura López Alfranca



La vision de color

Relato San Valentín 2012

Laura López Alfranca



Lo primero que la despertó, como cada mañana, fue el rojo, luego el azul se juntó, formando remolinos de colores puros y morados. Verde, amarillo, naranja, rosa... El mundo de Leila volvió a llenar de vida y, con una sonrisa, se levantó de la cama. Tanteó encima de su mesilla de noche, mientras escuchaba los cristales tintinear con fuerza sobre su cabeza. Cuando se puso el abalorio, pudo ver los rayos de sol teñidos de cientos de tonalidades que jugaban entre sí.

Abajo, podía escuchar a su familia recién levantada. Madre estaba cocinando carne y huevos, podía saborear las especias en su nariz. Sus hermanos pequeños ya se volvían a pelear y padre les exigía silencio. La joven se levantó y siguiendo el rastro, llegó hasta su armario, donde los colores se mostraron apagados y tristes hasta que los fue tocando.

—Hoy me pondré el verde. A Eric le encanta —se recordó con una sonrisa.

Se arregló tan bien como pudo dado que el espejo casi no era capaz de devolverle una imagen precisa de sí misma, pero era mejor que vivir en la nada: agradecía aquel marmagnun brillante. Con la mano se guió a través de la rugosa casa de madera, bajando con una gran sonrisa, su madre la interceptó antes de que se fuera a sentar.

—¿Quieres ir a comprar el pan?

—Ya de paso, podrías ir a recoger fresas —pidió casi a la vez Anne Lee, su hermana.

—O acompañarnos a la escuela —insistieron los pequeños tirando de sus manos para llamar su atención.

—A ver a tus amigos los McCannan —convidó su padre.

Ella se rio al darse cuenta de las intenciones de su familia, pudo sentir su sonrojo al ser tan transparentes: ahora que la volvían a ver sonreír, no iban a consentirle volver a encerrarse en su cuarto triste.

—Iré a por las fresas, el pan y, si me da tiempo, iré a ver a mis amigas. No os tenéis que preocupar por mí —dijo acercándose a la cesta y tomándola—. Ya estoy bien.

Casi pudo escuchar sus suspiros contenidos: no la creían. No hacía tanto que había deseado morirse, pero le habían ocurrido demasiadas juntas: el accidente que le arrebató la visión, la huida de su prometido y su posterior casamiento... todo su mundo se había vuelto del revés y si no hubiera sido por Eric, seguiría así.

Todos conocían al extraño joven del bosque: era un artista. No se podía decir que hubiera muchos como él por los otros pueblos, ni siquiera en las ciudades. Cuando uno paseaba por el bosque, podía encontrarse las estatuas de mujeres desnudas a la

espera, terribles monstruos o hermosos guerreros. Se decía que su madre, una bruja de gran poder, le había enseñado todo lo que sabía y que aquellas criaturas de granito y mármol eran en verdad, personas sumidas en un terrible hechizo.

Leila le conocía desde que eran pequeños, y si bien era cierto que alrededor de su amigo siempre ocurrían los hechos más inexplicables, poco le importaba. Había sanado a sus hermanos, le había devuelto la capacidad de ver los colores del mundo ¿qué importaban las leyendas, si en verdad él había demostrado un corazón tan maravilloso?

En cuanto salió de casa, pudo ver una estela verde en la lejanía. La joven sonrió, sintiendo su corazón palpitar y su cuerpo arder de vergüenza. Allí estaba Eric, correteando por el pueblo para ir a comprar algo. Seguramente la habría visto y, en consecuencia, salió corriendo. Siempre decía que no deseaba encontrarse a solas con ella en miedo de las casas, prefería verla entre los árboles.

—Eres más hermosa allí —le decía como excusa, pero en verdad, sabía que le apuraba que la vieran con él.

—No debes temer, mi reputación acabó muy dañada con la huida de Nikolas —terciaba la joven, pero su amigo no consentía.

Siempre se había preocupado por ella, sobre todo tras perder la visión. Habría podido soportar la traición de su prometido si no fuera porque, al quedarse ciega, se sintió completamente desvalida y perdida. ¿Cómo podía explicarle a la gente lo terrible que era la nada que había tras sus ojos? Le aterraba. Sobre todo porque cada día olvidaba cómo eran las personas a las que quería, sus rostros, las expresiones ajenas... y los colores. Lo que más añoraba era ver los colores adornando el mundo.

Solo pudo sincerarse con Eric, que le prometió ayudarla. No pudo devolverle la visión, no había magia alguna capaz de ello, pero si algo parecido. Una mañana Leila se levantó asustada ¡un rayo verde le había dado en los ojos! ¡Lo había sentido! En su cabeza, cientos de cristales tintineaban y en su mente se formaron brumosos arcoíris. Al poder ver los colores, lloró acongojada, tanto que su familia acudió en su auxilio, esperando poder consolarla. La joven o había esperado que su amigo consiguiera ningún resultado, por lo que no pudo más que sentirse agradecida por él. Mucho menos, cuando consiguió hacerle un collar con los cristales mágicos, para poder ver los colores del mundo.

—¿Cómo conseguiste darles magia? —le preguntó asombrada.

—no es mía. Son de la vidriera de una iglesia que estaba abandonada desde hace mucho —le explicó—. Está en el bosque, si quieres, algún día te llevo a verla.

Y lo hizo, incluso llegó a ver con mayor nitidez allí dentro. Pero prefirió marcharse pronto, Leila no deseaba tener tentaciones de no volver a salir de aquel lugar.

Dejó a sus hermanos en la escuela y decidió encaminarse al bosque, saludando a los vecinos al pasar. No le gustaba escuchar los cuchicheos malintencionados o llenos de lástima, a fin de cuentas, al final todo había salido mejor de lo esperado: ella tenía sus colores y se había librado de un matrimonio que le habría hecho desgraciada.

El verde la abrazó con su pureza y se sintió mejor. Leila tendría que haber buscado fresas, pero prefirió arrojar el palo al suelo y echar a correr por toda la marea esmeralda. Se tropezó miles de veces, pero no importaba con el corazón latiendo en su pecho y el aire llenando su cuerpo. Era completamente libre.

Cuando se cansó y sintió las rodillas doloridas por tanto golpe, se sentó en un tronco caído. Estaba húmedo y el muslo le cosquilleaba las piernas, ahora desnudas hasta el muslo para comprobar si estaba sangrando o no. Oyó un temblor a su lado y con suavidad, comenzó a acariciar a su lado. Pronto, sus dedos rozaron una suave piel, inundando su mente de un color castaño muy oscuro. Sonrió y tragó saliva, intentando no parecer ansiosa.

—Veo... a un lobito muy travieso —dijo Leila dejando que sus dedos recorrieran el pelaje con ternura—, que se dedica a espiar a pudorosas jovencitas mientras sanan sus heridas.

Una mano fuerte y callosa se aferró a la de ella con delicadeza y suavidad. Eric se sentó a su lado, tendiéndole la cesta y su cayado.

—No hay mucho misterio bajo tus enaguas, he visto esas huesudas rodillas desde que teníamos cuatro años —siguieron agarrados, ninguno hizo amago de moverse—. No tienen mucho misterio.

Pero los borrones verdes que eran sus ojos no decían lo mismo. Con suavidad, Leila le agarró de la barbilla y le obligó a mirarla.

—Mi rostro está aquí, Eric —se señaló con una sonrisa—. Sois un caballero con pésimos modales.

—Te recuerdo que no soy nada de eso, tan solo un loco que vive en el bosque.

Aquellas palabras eran amargas, pero la muchacha llevaba mucho tiempo a su lado como para saber que no las dirigía hacia ella, si no al mundo y, más concretamente, a Nikolas.

—A mí me gusta el bosque —reconoció ella levantándose y tirando a su vez de su compañero—. ¿Tienes algo nuevo?

—Si quieres que te lo muestre, tendrás que atraparme.

Ante aquel reto, ella se rio. Momento que aprovechó su amigo para escabullirse de su mano, convertirse en lobo y echar a trotar por la hierba.

—¡Te daré ventaja! —bromeó ella mientras buscaba a tientas y tomaba su bastón y la certa.

Corrió tras la estela marrón, que iba despacio para que no le perdiera. La luz azul se entremezclaba con los colores de los animales y el eterno verde. Su amigo escogió los tramos con menos obstáculos, por lo que ninguna raíz la atacó de sorpresa. Alcanzaron un claro donde pudo ver unas sombras de diferentes colores, borrosas: las nuevas estatuas en las que Eric estaba trabajando.

Tocó la primera y se carcajeó sorprendida.

—¡Están bailando! —aseguró Leila y siguió tocando—. Son Mila y Bernard.

—Así es.

La joven pasó a la siguiente pareja, jugando con sus dedos por encima de las superficies lisas, porosas, ásperas... adivinando los rostros de las personas que quería. Sus padres, hermanos, amigos; allí estaban casi todos. Cada vez que intentaba acercarse a otra pareja, él le mostraba los detalles de los vestidos o tocados, que, ciertamente, eran muchos y preciosos.

—¿Por qué no puedo acercarme a esas estatuas? —le preguntó una y otra vez.

—Porque no están acabadas y sabes que me disgusta que alguien vea mi obra sin finalizar.

Leila no le creía e hizo lo imposible para acercarse a las esculturas. Su amigo tiró de ella, le agarró por la cintura, pero pudo alcanzar a tocar el rostro de una de ellas.

—¡Soy yo! —exclamó triunfal y sintió que Eric se tensaba—. Eres un adulator, yo no soy así.

Y aprovechando la confusión del joven, siguió palpando la estatua. Encontró una mano masculina en la cintura de su otro yo y se apartó sorprendida. Colocó sus dedos en un lugar diferente, para encontrarse con dos manos entrelazadas.

—Leila, para —le pidió apartándola, pero sin mucho éxito.

—¿Qué es esto? —siguió palpando nerviosa—. ¿No me habrás... no es...?

Al tocar un surco en la cara, se relajó.

—No es Nikolas, él no tenía ninguna marca en la...

Se silenció. La piel de su exprometido estaba limpia, pero Eric tenía varias cicatrices en el rostro que le disgustaban. Escondió sus manos bajo su cuello, un tanto cohibida y sin saber qué decir. Aquello había sido más revelador que si Eric hubiera dicho las palabras en voz alta. Permanecieron en silencio durante largos minutos, angustiados por lo que el otro pudiera decir.

Al final, la voz de Eric retornó de dónde quiera que estuviese. Parecía haber recorrido un largo viaje, ya que se le notaba agotada. Miró, sus colores estaban completamente apagados.

—Ven, te llevaré a casa. Se hace tarde y tu familia querrá las fresas.

—No, espera —dijo una parte de sí misma que desconocía—. Quiero que me expliques algo de esta estatua.

—¿El qué? —preguntó su amigo abatido.

Sus manos se movieron solas y se agarraron las suyas, colocándola como había visto en la estatua.

—En esta postura, ¿cómo se puede bailar? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Bueno... en verdad...

—No disimules. Sabes bailar —insistió ella sintiendo que su cuerpo se erizaba al sentir el aliento del joven en su cuello.

—Esto no es propio de una dama.

—Soy ciega, sin posibilidades de encontrar un marido que le guste a los vecinos —le recordó ella apoyándose contra él. No sabía que un cuerpo masculino pudiera ser tan cálido y oler tan bien—. ¿Puedo, al menos, intentar sonrojarte?

Lentamente los dos cuerpos comenzaron a moverse sin apartarse. Leila sentía que su cuerpo iba a prender como una hoja seca; Eric apenas movía sus manos o se acercaba a ella. Sus cuerpos se movían al son de una melodía que marcaba el bosque a su alrededor. Molesta por aquel trato galante, se giró y abrazándole por el cuello, le besó. Notando que todo su cuerpo se relajaba, debía haber deseado hacer aquello durante años y callado, sobre todo, cuando sintió que Eric correspondía a su gesto con ferocidad. Cuando los dientes del joven acariciaron sus labios, se rio un tanto nerviosa. Nadie, ni siquiera Nikolas, la había besado de esa forma. Se llevó las manos a la boca; sus labios ardían y su cuerpo flotaba por encima del mundo terrenal. Era el momento más maravilloso de su vida.

—Debéis ser más delicado conmigo, Lord Eric —dijo ella temblorosa de la excitación—. Sigo siendo una dulce dama inocente.

—¿Te he molestado? —preguntó él asustado.



—No, pero... -se carcajeó como una tonta—. Lo siento, no estoy acostumbrada.

Escuchó la risa de su amigo y volvió a abrazarla con fuerza, estrechándola contra él. Era tan dulce, que era imposible que no confiara en él. Le acarició la cara para corroborar que en ella había una sonrisa, pero no era capaz de reconocerla. Siguió espiando por encima de su piel, deseando descubrir lo que latía en aquel corazón fuerte bajo su mejilla. Se llevó un beso fugaz y un intento de mordisco. ¡Qué pillo!

—Creo que tendría que irme a casa, se hace tarde —dijo al cabo de unos segundos, cuando su mente pudo reaccionar y se dio cuenta de que el Sol estaba muy alto en el cielo.

—Tienes razón, pero no soy capaz de dejarte ir —le aseguró el joven—. ¿Y si luego te arrepientes de haber besado a un brujo como yo?

Con un movimiento ágil, ella se llevó las manos al cuello y se quitó el collar. El mundo se quedó en aquella aterradora nada, pero, esta vez, no iba a dejarse vencer.

—Vendré después de comer a por él —le aseguró agachándose en el suelo y tomando su cayado. No llegó muy lejos a oscuras, pronto volvió a sentir el tacto áspero de las manos de Eric y las cuentas de cristal contra su cuello.

—Mejor te acompaño. No quiero que vuelvas a caerte y que te hagas dado en esas preciosas rodillas.

—Creía que eran huesudas —le replicó ella abrazándose al brazo que le tendía con gentileza.

—No me hagas contarte todas las mentiras que te he dicho a lo largo de nuestra vida. Te horrorizarías.

—¿Me estáis diciendo, caballero Eric, que no sois más que un truhan mentiroso y me habéis tenido engañada durante toda nuestra amistad?

Como única respuesta obtuvo un beso en la cabeza, a los que siguieron otros tantos que le hacían sentirse hermosa. Estos escandalizaron a las mujeres del lugar. Cuando su hermana abrió la puerta, parecía de todo, menos sorprendida.

—Has tardado mucho —Leila no supo a quién se refería, si a ella o a su acompañante—. Entrad, madre ha puesto un plato de más.

No hubo más palabras para pedir explicaciones o aspavientos, solo una silla más que consiguió un nuevo dueño.





